



VOL: AÑO 1, NUMERO 2

FECHA: OTOÑO 1986

TEMA: POLITOLOGIA CONTEMPORANEA

TITULO: **Juegos y decisiones en el análisis político**

AUTOR: *Marcelo Ebrard, Efraín De Gyves*

SECCION: Ensayos

TEXTO

La exposición weberiana sobre las cualidades del político [1] puso de manifiesto una tensión entre "la pasión relevante y la mesurada frialdad" que ha normado una gran cantidad de reflexiones en torno a la acción política. Las consideraciones de las ciencias sociales se situaron en el centro de una profunda vinculación entre la orientación del político hacia la acción, hacia la intencionalidad, y la búsqueda de perspectivas, de distanciamiento, frente a los fenómenos que debe afectar.

El mismo Weber señalaba el peligro que los políticos corrían de incurrir en dos pecados capitales que muy frecuentemente aparecen unidos: "la carencia de finalidades objetivas y la falta de responsabilidad" [2]. El resultado era la aparición de un fenómeno que ha sido recurrente, el político orientado hacia el ejercicio de un poder desprovisto de finalidad que, tras su aparente solidez en la acción oculta fragilidad y superficialidad. Weber exigía del político una profunda atención y compromiso con el sentido de la actividad humana. Pensaba por tanto, en una historia que comportaba intencionalidad y capacidad humana para incidir en ella, la llamó "trágica maquinación".

Las ciencias sociales han desarrollado, en una serie de reflexiones vinculadas a la teoría de la acción, una cantidad de instrumentos que permiten la aproximación al ámbito de lo político desde perspectivas que esos actores, los políticos, ponen en práctica constantemente en su vida cotidiana. Al mismo tiempo contamos con una larga tradición de análisis sobre fenómenos de la vida pública, la toma de decisiones, la negociación, los fenómenos que parecen ser análogos a los juegos, que, si bien han sido desarrollados primordialmente en sus aspectos formales, manifiestan ya posibilidades de ser relevantes, más allá de la actividad de los analistas, para la comprensión de la actividad política.

En este artículo pretendemos realizar una reflexión tentativa acerca del uso de los instrumentos con los que las ciencias sociales cuentan y que permiten, a nuestro modo de ver, realizar análisis con sentido político. De esta manera queremos aproximarnos, bajo los supuestos de la teoría de la acción, a las posibles respuestas que se pudieran plantear a la pregunta ¿qué características deberá tener un análisis fundamentado en las ciencias sociales para que esté dotado de sentido político?

A partir de considerar las concepciones de la acción como aquéllas que se refieren a un sistema social generado y compuesto por la interacción de unidades (no solamente individuos u organismos), interacción que supone motivaciones significativas y orientación hacia objetivos, nos ha sido posible seleccionar cuatro postulados que parecen fundamentales en el problema de la relevancia política del análisis sociológico, a saber: la

intencionalidad, el seguimiento de reglas, la generación de efectos perversos y la asunción de los supuestos del actor.

Debemos apuntar que desde sus definiciones más elementales, la teoría de la acción ofrece la posibilidad, fundamental en el análisis político, de estatus teórico para la categoría de "toma de decisiones" al considerar los actos de los hombres como dotados de sentido y racionales. Además, el definir una configuración elemental de las situaciones políticas a partir de la relación entre actores que toman decisiones, nos permite apreciar la situación como un fenómeno de negociación susceptible de ser formalizado. Este es el punto a partir del cual introducimos planteamientos como el de teoría de juegos, por su análisis de la racionalidad implícita en la interacción o la teoría de coaliciones en las triadas, por su análisis de los juegos en los que intervienen más de dos jugadores.

No pretendemos hacer una revisión técnica de estos planteamientos a los que se podría agregar a otros bajo la misma perspectiva, sino señalar técnicas que serían útiles al vincular unas ciencias sociales cuyos principales logros se han dado en el marco de análisis interaccionistas y una acción política que puede proporcionar perspectivas privilegiadas para aproximarnos a la acción humana dotada de sentido.

Intencionalidad

Podemos afirmar, con von Wright "(...) que la conducta que no viene entendida como acción no figura, o aún no, entre los hechos reconocidos por la historia o por la ciencia social" [3]. Un alegato a favor de una explicación específicamente sociológica es mucho más concluyente en lo que se refiere a la consideración de intencionalidad de la conducta, pero aquí solamente haremos referencia a la posición de Boudon en su argumentación acerca de la inutilidad y los costos del determinismo.

La búsqueda de Boudon del homo sociologicus intencional, distante tanto del homo oeconomicus racional del utilitarismo como del hombre manipulado de gran parte de la sociología moderna pretende, en primer lugar, evitar los peligros del sociologismo, representados por "(...) aquel para quien lo real se postula axiomáticamente como necesario: lo es (en todos los casos) porque no puede ser de otro modo" [4], en segundo término, trata de aprovechar los éxitos de los sociólogos más relevantes para, según su expresión, "descifrar fenómenos muy oscuros". Este desciframiento de situaciones sociales se ha fundado en la aplicación de paradigmas interaccionistas que permiten la identificación de efectos de composición derivados de acciones individuales. Bajo esta perspectiva es posible reevaluar la figura del político negociador, minimalista, que sin recurrir a la noción de efectos perversos, tradicionalmente ha sabido que las consecuencias de su acción así como la de los otros participantes, con frecuencia lo podrían llevar a exclamar, con Guillermo II, "yo no he querido esto".

El alegato de Boudon acepta como "sensato" lo que denomina "determinismo metodológico". Este paradigma es determinista en el sentido de que utiliza proposiciones del tipo "A" (anterior a B) explica B", originadas en modelos estadísticos. Para Boudon esta relación debe de ser interpretada "(...) como un resumen, como una suma de acciones cuya lógica trataré de entender en una etapa ulterior. Entonces, consideraré la relación estadística como un dato descriptivo que exige explicación. Esta se obtendrá mediante la construcción de un modelo generador de tipo interaccionista" [5]. La importancia de la reflexión de Boudon hace referencia a dos fenómenos: las relaciones estadísticas son productos altamente apreciados por los científicos sociales y por los políticos, a la vez, son normalmente ignoradas por estos últimos.

Considerar la intencionalidad permite, además de evitar los riesgos del determinismo y el sociologismo sentar las bases para aproximarse a lo que Habermas denomina "actitud realizadora (performative)" [6]. Esta es sustancial para los asesores científicos para los que la preocupación de los políticos por la realización pasa por ser puramente obsesiva, en el mejor de los casos, un impedimento para la programación de sus actividades.

La acción regida por reglas

La relevancia de las relaciones estadísticas consiste en que son manifestaciones de lo que von Hayek considera punto de referencia obligado de la teoría sociológica: las configuraciones (patterns). Con múltiples denominaciones, pautas, pautas agregadas, las configuraciones han sido objeto de interés permanente para las teorías sociales y políticas. Con todo, las modas de investigación han considerado su descubrimiento como un fin en sí mismo de manera que lo que menos puede extrañarnos es su irrelevancia para un actor político. Si éste se caracteriza por la intencionalidad de su acción la búsqueda de un modelo interaccionista tendrá para él el sentido que no tienen análisis estadísticos que, a lo sumo, con la identificación de configuraciones "(...) pueden ayudar a fijar enigmas" [7].

La resolución de estos enigmas, traducción según Turner, desciframiento e interpretación para Boudon, pasa por la necesidad de identificar acciones, nuevamente, actores intencionales. En este sentido, la propuesta de Turner se refiere a considerar que "lo que se relaciona como un acto, o un acto de un tipo particular, depende de la significación atribuida a él por los miembros de la sociedad" [8]. Así "toda explicación que no consiga preservar esta significación tampoco conseguirá explicar los actos como actos" [9].

La aseveración de Turner tiene como fundamento el concepto de Peter Winch [10], basado en Wittgenstein, de "seguir una regla". Se trata de considerar una acción como sujeta a reglas, la más elemental de las cuales es la de significación. De aquí se sigue una noción de economía de la acción muy familiar entre los políticos: toda acción de los actores políticos tiene un significado susceptible de ser comprendido, tiene contenido político.

El tipo de reglas al que se refiere Winch no es la norma reguladora (ordenadora, permisiva, prohibitiva) de conductas sino las "reglas que definen diversas prácticas e instituciones sociales" [11]. Ahora bien, "si queremos comprender un acto en tanto que acto significativo, debemos captar las reglas que sigue el actor" [12].

Este énfasis en el seguimiento de reglas y en la significatividad de la acción tiene una consecuencia fundamental, que "los conceptos de los actores deben ser considerados antes que las interrogaciones empíricas de sus acciones" [13]. Para un político es irrelevante la información acerca de un paquete de variables articuladas de un modo específico aunque conlleve la promesa de predecir la posición de los actores ante los eventuales cambios en la configuración. Sabe, por el contrario, que debe considerar las expectativas de sus aliados u oponentes, la identificación que los otros actores hagan de sus iniciativas, los propósitos de sus contrincantes.

Bajo estas consideraciones ¿cuáles son las posibilidades de relevancia política que tiene un análisis comprensivo? Consideramos que para responder a esta pregunta, en consecuencia, para hacer una práctica próxima a lo político, el analista deberá remitirse a tres exigencias fundamentales. En primer lugar, considerar la tesis de Winch: "la comprensión que perseguimos no consiste en un 'conocimiento de las uniformidades' sino en un dominio de las reglas" [14], considerando reglas en el sentido de von Wright; así, será este dominio de las reglas lo que permitirá "ascender por la jerarquía de órdenes de

(los) actos de interpretación y comprensión de significado. Han tenido lugar manifestaciones, tumultos, huelgas, casos de terrorismo, etc. ¿puede clasificarse la situación de 'guerra civil' o de 'revolución'? No se trata ahora ni de una clasificación conforme a criterios establecidos ni de una estipulación arbitraria de las condiciones de aplicación de un término. Se trata de una cuestión de interpretación, de comprensión del significado de lo que está ocurriendo" [15]. La dificultad estriba, permítasenos repetirlo, en el "dominio de, las reglas". Ya John Mill tenía en mente las dificultades específicas en la teoría política o social para vincular los factores explicativos con la acción, pues la relación no puede ser exclusivamente contingente; en un ejemplo de Turner, "si una persona que aparenta, a nuestro juicio, albergar sentimientos militaristas, no actúa en forma militarista bajo cierta variedad de circunstancias, no diremos en esta cultura no es válida la relación causal entre sentimientos militaristas y actos militaristas". En lugar de eso, diremos que no hemos interpretado correctamente el significado de ciertas cosas que escuchamos allí. La solución para evitar los malentendidos es dominar los conceptos involucrados y no datos más refinados y precisos" [16].

Lo anterior ya presenta la segunda exigencia para un manejo políticamente relevante de la comprensión. "Una actividad característica de las ciencias naturales es el refinamiento de los criterios de identificación y las técnicas de medición. Esta actividad queda simplemente excluida del estudio de los actos; refinar un criterio de identificación más allá del nivel de 'refinamiento' de los criterios empleados por el actor para guiar su conducta, o mejorar las mediciones hasta un punto donde la técnica provea distinciones más sutiles que las realizadas por el actor, no perfeccionaría nuestra comprensión de los actos; en realidad, la minaría, pues ya no estaríamos identificando lo que el actor está identificando, ni sus acciones sobre ello. Los 'perfeccionamientos' que podemos lograr son perfeccionamientos de nuestro dominio sobre los conceptos del actor y no los conceptos mismos" [17]. Esto presenta con notable claridad el origen del rechazo de los políticos a una gran cantidad de análisis que los científicos sociales consideran de alta capacidad explicativa y predictiva, basando esta afirmación en el nivel de complejidad de sus instrumentos de medición. Los políticos no necesitan, en realidad requieren evitar, toda referencia que oculte los propósitos y los recursos de decisión de los actores.

La tercera de las exigencias afecta a investigadores y políticos y se refieren al tipo específico de predictibilidad, en realidad, a sus límites, que es posible generar mediante el análisis analítico o social. En términos de Turner: "consideremos el problema de O, ocupado en predecir una decisión de N; por supuesto debe familiarizarse con los conceptos y el carácter de N, pero aún cuando alcance así una comprensión perfecta de estos elementos, tal comprensión todavía es compatible con una acción de N que difiera de la predicción" [18]. Esto, sin duda afecta las expectativas que un político puede tener acerca de sus asesores científicos, sin embargo, también le abre vías hacia modos de concepción y formalización de las decisiones que veremos más adelante.

Generación de efectos perversos

Para Boudon el paradigma de los efectos perversos está íntimamente vinculado con una concepción del sujeto sociológico "movido por las finalidades que desea lograr y por las representaciones que tiene de los medios adecuados para ello" [19]. Contamos con una noción que en el análisis de su mecanismo, nos proporciona un instrumento que modela la interacción, al menos de cierto tipo, y permite acceder a un esclarecimiento del proceso de la decisión.

Boudon encuentra en la obra política de Rousseau un ejemplo clásico de la generación de los efectos perversos. "Dos salvajes egoístas, hedonistas y racionales, deciden modificar su dieta, por lo general reducida a carne de liebre, resuelven entonces ir a la caza de un

ciervo (...). Los dos cazadores se ponen de acuerdo sobre su objetivo común, pues son lo bastante racionales como para conocer los medios adecuados al logro de su finalidad. Sin embargo, según la axiomática del hombre salvaje adoptada por Rousseau, no puede existir entre ambos cazadores el sentimiento de la lealtad; entonces, la partida de caza fracasa; efectivamente, el primero de los dos salvajes que ve pasar una liebre abandona el acecho. De tal modo, a pesar de la claridad de la meta que se han fijado, no obstante su racionalidad, a pesar de que la naturaleza no restringe sus bienes y pese a que entre los cazadores no existe ningún entusiasmo, no son capaces de conseguir su propósito. El análisis descubre un efecto perverso de pureza didáctica" [20].

No nos referimos aquí a la relevancia del relato de la partida de caza para la concepción política de Rousseau, en cambio, sí nos sentimos obligados a señalar su vinculación con la teoría de juegos, en particular, con el muy conocido dilema del prisionero. El dilema del prisionero pone de manifiesto la complejidad y tensión del fenómeno de la decisión; por otro lado, en el contexto de la teoría de juegos, permite apreciar las posibilidades de asignar controles a la incertidumbre, sugiere, en ese contexto, "que la estrategia racional es posible aún cuando haya incógnitas en una situación" [21] (Hamlin, 1958).

El minimalismo de los políticos cuenta, en el paradigma de efectos perversos, con un elemento fundamental de sustentación: las consecuencias de la acción rebasan, en particular cuando operan en su contexto natural, la interacción, las perspectivas de los actores. Esta consideración tiene particular relevancia cuando se considera el proceso de negociación como un proceso de toma de decisiones [22].

Supuestos de los actores

Asumir los supuestos de los actores tiene particular relevancia política pues permite aproximarse al fenómeno de la decisión de manera que ésta sea considerada en lo fundamental como real y dotada de contenido. La necesidad de considerar la decisión a partir de los supuestos del actor radica, además, en que nos remite a un tipo de decisión que involucra expectativas más amplias que las supuestas en una teoría estadística de la decisión. Bajo esta última idea: "La toma de decisiones se ocupa de la resolución de la ambigüedad y es sinónimo de decidibilidad matemática" [23]. Se supone posible asignar valores de verdad a las proposiciones; sin embargo, como veremos más adelante, en un problema $Q = [A/B]$, la pregunta ¿A es verdadero?, carece de sentido.

En el caso de la interacción adoptaremos tres supuestos de ordinario manejados por los actores. Consideramos la existencia de un universo no determinista, en el cual no existe la previsión perfecta y que cuente con un orden natural mínimo. Las consecuencias que estos supuestos tienen para la decisión en el ámbito de la interacción se encuentran expresadas en Shackle: "En un mundo predestinado, la decisión sería ilusoria; en un mundo de previsión perfecta, vacía; en un mundo carente de orden natural, impotente. Nuestra actitud intuitiva ante la vida supone una decisión no ilusoria, no vacía, no impotente. Esta actitud se revela en nuestro lenguaje común, en el que la palabra decisión sugiere la facultad de iniciar una nueva sucesión de impulsos en el curso ondulante de la historia. Como la decisión, en este sentido, excluye la previsión perfecta y la anarquía en la naturaleza, se ha de definir como una elección cara a una incertidumbre limitada. Si las decisiones son creadoras, si cada una de ellas inyecta en la historia algo esencialmente nuevo, algo que no es meramente el desarrollo inevitable del pasado, las decisiones son impredecibles y, por consiguiente, también lo es la historia" [24].

La última idea presentada por Shackle en la cita anterior resulta un supuesto habitualmente manejado por los políticos, y no debe ser considerado solamente como un

factor motivante sino como el fundamento mismo de su práctica y sentido último de la misma.

Si tomamos en cuenta esto, veremos que cualquier análisis de la decisión efectuado con relevancia política deberá considerar que el actor supone que toma decisiones de un carácter específico: no vacías, no ilusorias, no impotentes.

La teoría de juegos como posibilidad de análisis de la decisión

La teoría tradicional de la decisión, la teoría estadística, es como ya expresamos, un intento de "resolución de la ambigüedad". Su problema central radica en la necesidad de elegir una buena estrategia, de una función de decisión que, en pocas palabras "es un plan que nos informa de cómo se han de utilizar los datos para elegir una acción y que se valora con relación al costo de sus consecuencias esperadas" [25].

La teoría estadística de la decisión ha generado tres criterios para la elección de una estrategia: el principio minimax, en el que se supone en cada decisión la existencia de un oponente malevolente que siempre elegirá un estado que dé la mayor pérdida para cualquier estrategia que se seleccione, por lo que deberá elegirse aquella cuya pérdida máxima sea la más pequeña posible; otra alternativa supone que cada estado de la naturaleza es equiprobable por lo que se debe elegir aquella estrategia que minimice la media de las pérdidas esperadas bajo cada estado de la naturaleza; en tercer lugar, es posible elegir una estrategia a partir del establecimiento a priori de probabilidades subjetivas o psicológicas acerca de los estados de la naturaleza.

Como se verá, el principio minimax es el que mejor se adapta a las condiciones de la interacción, y el más utilizado en el tratamiento de los juegos de estrategia, juegos considerados en el tratamiento del problema del comportamiento óptimo de los participantes. En estos juegos, el resultado no depende solamente de las acciones del jugador ni de las acciones e intereses de los otros jugadores. Situaciones como éstas, "que a menudo revisten una extremada complejidad, se encuentran no sólo en los juegos, sino también en los negocios, la política, la guerra y otras actividades sociales" [26]. La teoría de juegos permite ilustrar situaciones con las que ciertos juegos tienen una identidad estricta. Cuenta además con la ventaja de que "no da por supuesto un comportamiento racional; pretende más bien determinar qué significa 'racional' cuando un individuo se encuentra frente al problema del comportamiento óptimo en juegos y situaciones equivalentes" [27].

Estas características, aunadas a la larga tradición de los "juegos de guerra" han convertido a la teoría de juegos en un elemento sustantivo del análisis político de los últimos tiempos. Recientemente, la teoría de juegos se ha orientado no tanto a la ilustración de las estrategias susceptibles de ser adoptadas por un actor que tome decisiones, como a la presentación a éste del abanico de decisiones que puede ser adoptado por sus oponentes y de la lógica bajo la que éstas podrían ser adoptadas. Esto se origina en el hecho de que es perfectamente posible suponer que tales oponentes sean racionales en su toma de decisiones, pero fundamentalmente en que la teoría de juegos no es capaz de comprender el carácter real de las expectativas de un actor, es decir, que lo que el actor político establece como su ámbito de decisiones va más allá de la pura racionalidad. Por supuesto que considera estrategias y resultados plausibles pero el rango en que se ubican nunca es tan limitado como el de un juego.

Esto nos conduce a la necesidad de explicar las diferencias entre un juego y una situación de la vida real. La más importante radica en que en un juego se dan, dentro de cada una de sus fases, un número fijo y determinado de "jugadas legales" posibles. "Cuando

analizamos la esfera política económica, especialmente cuando consideramos en concreto la innovación, es evidente que hay muchas circunstancias en las que no podemos ni siquiera enumerar con seguridad las posibles contingencias futuras. Pudiéramos decir que la esfera política-económica es más semejante a una forma especial de juego de póker en el que cada jugador, en cada fase, puede inventar, sin previo aviso, un nuevo tipo de jugada; en realidad, puede inventar nuevas reglas de juego" [28].

Las explicaciones susceptibles de ser obtenidas a partir de la teoría de juegos pueden orientarse por dos vías: considerar el análisis matemático del juego como una configuración que puede ser explicada a partir de una teoría de la interacción, o bien, formular explicaciones, por ejemplo, en la comparación entre dos procesos de decisión "afines al tipo de explicación de que disponemos al comparar los juegos" [29].

Existe otra posibilidad de utilización de la teoría de juegos que tiene una particular relevancia, este es el caso cuando el número de jugadores es mayor o igual a tres. Si en estos juegos se da el caso de que la coalición beneficia a los jugadores el juego se denomina esencial, "los jugadores intentarán formar coaliciones y actuar a través de éstas a fin de asegurar su ventaja" [30]. Este caso es particularmente relevante para el análisis de los procesos de negociación, ilustraciones privilegiadas de los fenómenos de interacción.

Reconsideraciones políticas sobre la decisión

Si volvemos a la teoría de la acción a fin de profundizar en los problemas de la decisión veremos que en el ámbito de la intencionalidad se "debe encontrar una manera de evaluar la fuerza relativa de varios deseos y creencias en la matriz de la decisión; no (se) puede tomar como punto de partida el refinamiento que se espera de un sólo deseo" [31]. Como veremos la solución consiste en ampliar la noción de expectativas de resultados y la base para la generación de éstas.

La tesis de Shackle permite aproximarnos a una evaluación de la decisión interactiva. "Los hombres imaginan resultados cuya procedencia ignoramos; estos resultados pueden ser nuevos en el sentido más absoluto y radical, sin antecedentes en el pasado ni en el presente del individuo, salidos de la nada. Si estos resultados pueden orientar la elección de su acto, la decisión de ejecutar ese acto puede calificarse de creadora y quizá hasta podemos decir que en cada ocasión da una dimensión extra en ese espacio abstracto conceptual, en que las cosas suceden" [32].

Las consideraciones de este autor acerca del problema de la decisión comprenden tanto el carácter imaginario de las hipótesis de resultados que un actor se plantea como expectativa ante una decisión, como un carácter del tiempo que circunscribe al presente tanto la experiencia, la memoria, la historia del actor, (su pasado), como la previsión que dicho actor hace con respecto a los resultados de sus acciones en el futuro.

Filósofos e investigadores sociales han sido escépticos con respecto a las tesis de Shackle, sin embargo, estas se aproximan grandemente a la experiencia concreta de los políticos, en particular en lo que toca a las características de originalidad en la decisión.

Para un político son sustantivos dos elementos: su experiencia y conocimientos de la historia y su escepticismo ante la reducción de su actividad a una lista de reglas. En lo que se refiere al primer elemento podemos encontrar ejemplos ilustrativos en la actividad de prácticamente cualquier político relevante. "El cardenal Richelieu -escribió Guy Patin- lee y sigue a Tácito en gran medida. Por eso es tan temible". A la vez, encontramos en

ellos una búsqueda incesante de la especificidad de cada situación. Con respecto al cardenal de Richelieu y al conde-duque de Olivares dice Elliot "ambos ministros se mostraban escépticos sobre la posibilidad de reducir la política a una simple lista de reglas, y ambos se jactaban de despreciar la sabiduría política recogida únicamente en los libros. Siempre existía lo imprevisto y lo accidental, y la primera regla de todas, como insistía Olivares, era la de estar atento a las contingencias inesperadas" [33]. Esta misma idea podemos encontrarla en el Testamento Político de Richelieu. "Nada hay más peligroso para el Estado que los hombres que quieren gobernar reinos sobre la base de máximas que extraen de los libros. Cuando lo hacen, los destruyen, porque el pasado no es lo mismo que el presente, y los tiempos, lugares y personas cambian".

La idea de decisión de Shackle recoge la memoria, la historia del actor e incorpora, en el carácter imaginario y plausible de las expectativas, el rechazo a las reglas propias de un político. No es posible presentar aquí las consecuencias formales de esta tesis, sólo queremos hacer hincapié en las posibilidades de una teoría de la decisión capaz de asumir explícitamente estos supuestos fundamentales de la actividad política.

Las relaciones de los actores, la negociación

Decíamos anteriormente que la teoría de juegos aún tenía posibilidades relevantes políticamente cuando el juego constaba de un número mayor o igual a tres jugadores. Esto hace posible desarrollar aspectos formales de una teoría de la negociación. La teoría de coaliciones en las triadas es una de estas concepciones que contienen un mínimo de formalización y capacidad de ilustración de la interacción política. Elegimos para esta presentación un ejemplo originado en esa teoría y referido al equilibrio de poder.

En el caso de un sistema social que comprenda colectividades potencialmente hostiles solamente hay tres resultados posibles: la guerra, la dominación imperialista y el equilibrio de poder. Este último resultado se ha vuelto particularmente común en el mundo moderno, pero si algo se reconoce de él es su fragilidad.

"Tomando las potencias de tres en tres, vemos que persiguen intereses encontrados, que no se hallan frenadas por una autoridad superior, que están armadas y son capaces de entablar una guerra; pero que, con todo, permanecen en paz durante cierto tiempo sin aparecer ninguna de las tres coaliciones. A partir de estos datos se puede inferir que la potencia más fuerte de las tres no es más fuerte que la unión de las otras dos. Ni tampoco igual a la misma, porque en ese caso las otras dos potencias estarían prácticamente abocadas a formar una coalición. Hay que suponer que una triada en equilibrio de poder pertenece al tipo de triadas en las que cualquier coalición es coalición dominante" [34].

La coalición dominante no se produce debido a la falta de claridad sobre la valorización de pérdidas y ganancias propias y del eventual compañero. Esto radica en la política normalmente conservadora de la mayoría de los actores: se preocupan más por evitar pérdidas que por obtener ganancias. Pero la base última del equilibrio de poder radica en la incertidumbre con respecto a la formación de coaliciones. "La característica fundamental de esta situación es que, aunque no se haya formado ninguna coalición, persiste la posibilidad de que se forme" [35].

Ahora bien, el equilibrio de poder es débil debido a que la incertidumbre de una potencia, enfrentada con otras dos aproximadamente iguales, es muy elevada con respecto a una eventual revisión de los cálculos por parte de los oponentes y la eventual formación de una coalición.

Esta descripción del equilibrio de poder a partir de la teoría de coaliciones en las triadas pone de manifiesto las limitaciones de la teoría de juegos para el análisis de la negociación. La teoría puede manejarse si se hace explícito el supuesto de que se expresa la opción de las partes por concluir o no un acuerdo "siempre que ambas partes mantengan la misma estimación de sus beneficios y pérdidas de cada resultado" [36]. Este supuesto de estabilidad de los resultados afecta consideraciones políticas fundamentales, en particular, la modificación, en el curso de la negociación, del límite entre beneficios y pérdidas y de las condiciones mínimas para llegar a un acuerdo. Pero esta perspectiva brinda la posibilidad de integrar explícitamente actores racionales al análisis con lo que permite, a partir de ella, revisar eventuales desviaciones de la racionalidad.

Lo anterior representa solamente una vertiente formal del análisis de la negociación. También son de considerar perspectivas más globales, tales como los modelos económicos, los efectos estructurales, las diferencias de personalidad entre los negociadores o los enfoques conductistas [37].

El trabajo de Neale y Bazerman propone analizar la negociación como un proceso de toma de decisiones. Sin embargo, su propuesta parece compartir con los otros modelos de análisis empírico la característica de generar elementos de juicio para evaluar el comportamiento de los negociadores y no para intervenir racionalmente, y de una manera eficiente, en el proceso de la negociación de acuerdo con necesidades políticas. Esta visión de intervención de los políticos puede ser análoga a la posición realizadora de Habermas. Las posibilidades de esta perspectiva deben ser objeto de revisión.

Posibles consecuencias

Una abundante bibliografía da cuenta de los avances realizados en el análisis de la decisión, esto significa que contamos con fundamentos sólidos para considerar operacionalmente el postulado de la teoría de la acción referente al sentido y racionalidad. Asimismo, la teoría de juegos y sus derivados permiten que contemos con un sólido sustento en lo que se refiere al análisis de los procesos de negociación.

El contar con estos elementos no ha permitido, sin embargo, adelantar significativamente en el área de la acción realizadora relevante para los políticos. Bajo esta perspectiva deberíamos generar análisis que consideraran la intencionalidad de los actores, hicieran explícito el seguimiento de las reglas involucradas y los posibles efectos de sus acciones, todo ello a partir de la precisión de sus supuestos. Un actor político puede intervenir frente a un contrincante no tanto por lo que éste dice sino por la racionalidad y el sentido que lo dicho tiene.

Nos parece relevante la posibilidad que un análisis de este tipo tiene en cuanto a su énfasis en la negociación: mediante él se puede revisar la interacción a nivel micro dotándola de sentido político. De esta manera es posible atender la acción cotidiana de los sistemas políticos, estaríamos considerando la acción política normal, la de todos los días, como lo que siempre ha sido para los políticos: un proceso de negociación.

Finalmente consideramos de particular importancia comprender el rechazo de los políticos hacia las investigaciones comúnmente consideradas de frontera y recuperar la idea de que la teoría política está vinculada a actores, los políticos, cuya acción debe ser la preocupación fundamental de aquella. Creemos que esto no solamente afecta las relaciones entre los teóricos de la política y los actores de la misma, sino también las posibilidades de comprensión de parte de los científicos sociales a los que se les exigirá una orientación hacia la realización que alterará su perspectiva del fenómeno.

CITAS:

- [1] Max Weber. El político y el científico, México, Premiá Editores, 1985, pp 46-48.
- [2] Ibid, p. 47.
- [3] Georg Henrik von Wright. Explicación y comprensión, Madrid, Alianza Editorial, 1979, p. 192.
- [4] Raymond Boudon. Efectos perversos y orden social, México, Premiá Editores 1980, p. 220.
- [5] Ibid, p. 221.
- [6] Jurgen Habermas. Conciencia moral y acción comunicativa, Barcelona, Península, 1985, p, 38.
- [7] Stephen P. Turner. La explicación sociológica como traducción, México, FCE, 1984, p. 200.
- [8] Ibid, p. 43.
- [9] Loc. cit.
- [10] Vid, Peter Winch, La idea de ciencia social, Buenos Aires, Amorrortu, 1972.
- [11] von Wright, op. cit., p. 177.
- [12] Turner, op. cit., p. 56.
- [13] Ibid., p. 24.
- [14] Ibid., p. 55.
- [15] von Wright, op. cit., p. 158.
- [16] Turner, op. cit., p.45.
- [17] Ibid, pp. 43-44.
- [18] Ibid, p. 44.
- [19] Boudon, op. cit., p. 13.
- [20] Ibid, p. 21.
- [21] D.J. White. Teoría de la decisión, Madrid, Alianza Editorial, 1979, pp. 13.
- [22] Vid, Margaret Neale y Max Bazerman, "Perspectives for understanding negotiations; viewing negotiation a judgmental process" en Journal of conflict resolution, vol. 29, No. 1, march of 1985, pp. 33-55.
- [23] D.J. White, Op. cit., p. 26.

- [24] George L. S. Shackle. Decisión, orden y tiempo, Madrid, Tecnos, 1966, p. 58.
- [25] Herman Chernoff, "Decisión, Teoría de la" en Enciclopedia internacional de Ciencias Sociales, vol. 3, Madrid, Ed. Aguilar, 1979, p. 126.
- [26] Oskar Morgenstern. "Teoría de los juegos. Aspectos Teóricos" en Ibid, vol. 10, p. 271
- [27] Loc. cit.
- [28] Shackle, op. cit., p. 111.
- [29] Turner, op. cit., p. 173.
- [30] Morgenstern, op. cit., p. 274.
- [31] Donald Davidson, "Acciones, razones y causas" en Alan R. White (comp.) La filosofía de la acción, México, FCE, 1976, p. 132.
- [32] Shackle, op. cit., p. 26.
- [33] J.H. Elliot. Richelieu y Olivares, Barcelona, Editorial Crítica, 1984, p. 41.
- [34] Theodore Caplow. Dos contra uno: Teoría de coaliciones en las triadas, Madrid, Alianza Universidad, 1974, p. 189.
- [35] Ibid, p. 190.
- [36] Fred Charles Iklé, "Negociación" en Enciclopedia Internacional de Ciencias Sociales, vol. 7, p. 330.
- [37] Vid, Margaret Neale, op. cit., p. 33, passim.

BIBLIOGRAFIA:

- Boudon, Raymond, Efectos perversos y orden social, México, 1980, Premiá editores.
- Brockner, J., M.C. Shaw, y J.Z. Rubin, "Factors affecting withdrawal from an escalating conflict: quitting before it's too late" en Journal of experimental social psychology, 15, 1979, pp. 492-503.
- Brown, B. y H. Garland, "The effects of incompetency, audience acquaintanceship, and anticipated evaluative feedback on face saving behavior" en Journal of experimental social psychology, 7, 1971, pp. 490-502.
- Caplow, Theodore, Dos contra uno. Teoría de coaliciones en las triadas, Madrid, Alianza editorial, 1974.
- Chamberlain, M. y J. Kuhn. Collective bargaining, New York, McGraw Hill, 1965.
- Davis, M. "A multidimensional approach to individual differences in empathy" en JSAS Catalogue of selected documents in psychology, 10, 1981.
- Elliott, J H., Richelieu y Olivares, Barcelona, Editorial Crítica, 1984.

Habermas, Jurgen, *Conciencia moral y acción comunicativa*, Barcelona, Ediciones Península, 1985.

Hogarth, R. "Beyond discrete biases: functional and dysfunctional aspects of judgmental heuristics" en *Psychology Bulletin*, 90, 1981, pp. 197-217.

Kahneman, D. y A. Iversky, "Prospect Theory: an analysis of decision under risk" en *Econometría*, 47, 1979, pp. 263-291.

Kahneman, D., P. Slovic y A. Iversky (comps) *Judgment under uncertainty: Heuristics and biases*, New York, Cambridge University Press, 1982.

Leff, H. "Interpersonal behavior in a non-zero sum game as a function of cognitive complexity, environmental complexity and predispositional variables" en *Dissertation abstracts*, 29, 1970.

Lewin, K. *Field theory in social science*, New York, Harper Row, 1951.

Neale, Margaret y Max Bazerman, "Perspectives for understanding negotiation; viewing negotiation as a judgmental process" en *Journal of conflict resolution*, vol. 29, 1, 1985, pp. 33-55.

Nisbett, R. y L. Ross *Human inference: Strategies and short comings of Social Judgment*. Englewood Cliffs, N.J., Prentice-Hall, 1980.

Phelan, J. y E. Richardson, "Cognitive complexity and strategy of the other player in two person game behavior" en *Journal of psychology* 71, 1969, pp.205-215.

Pilisuk, M., P. Potter, A. Rapoport y J. Winter "War hawks and peace doves: alternate resolutions of experimental conflicts" en *Journal of conflict resolution*, 1965, pp. 491-508.

Shackle, George *Decisión, Orden y Tiempo*, Madrid, Editorial Tecnos, 1966.

Turner, Stephen *La explicación sociológica como traducción*, México, FCE, 1984.

Iversky, A. y D. Kahneman "The framing of decisions and the psychology of choice" en *Science*, 211, 1981, pp. 452-458.

Von Wright Georg H. *Explicación y Comprensión*, Madrid, Alianza Editorial, 1974.

Walton R. y R. Mickersie A, *Behavioral theory of negotiation*, New York, Mc. Graw-Hill, 1965.

White, Alan R. (comp.) *La filosofía de la acción*, México, FCE, 1976.

White D.J. *Teoría de la decisión*, Madrid, Alianza editorial, 1979.